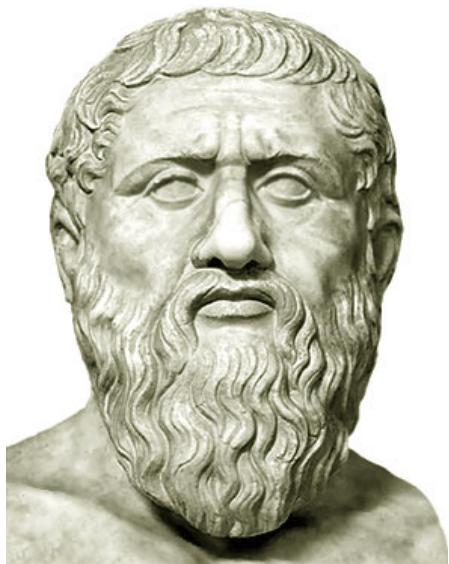


LEYENDO HISTORIA DE LA FILOSOFÍA en bachillerato¹ (3).



Platón (427-347 a. C.) se llamaba, en realidad, Aristocles, aunque le llamaban “Platón” por lo ancho de sus hombros. Fue un **filósofo ateniense nacido de una familia aristocrática**. De joven recibió probablemente las **enseñanzas de Crátilo, un discípulo de Heráclito**. Pero no es hasta el 407, cuando tiene veinte años, que **conoce a Sócrates, a quien permanecerá unido intensamente** hasta la muerte de su maestro.

Su infancia y su juventud coinciden con el accidentado y dramático **declive de Atenas durante la guerra del Peloponeso (431-404)**, que enfrentó a la democracia ateniense y la oligarquía de Esparta, con sus aliados respectivos, y que a menudo se prolongó en sangrienta confrontación civil dentro de las propias ciudades.

Se trata de una **época muy agitada políticamente en Atenas**: en el año 404 Esparta había impuesto a Atenas el **gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos**, entre los que se encontraban algunos parientes de Platón. Los Treinta Tiranos instauran un régimen de terror que aleja a Platón de ese gobierno. Un poco más tarde, **en el 399, la democracia restaurada, que había despertado de nuevo las ilusiones de Platón, acaba condenando a muerte a Sócrates**, dando muestra de la debilidad de la democracia y de la existencia de ciertas corrientes demagógicas. Estos hechos van a orientar para siempre el pensamiento de Platón, que explica su desilusión y su determinación política en su famosa *Carta VII*:

*Al ver yo esto y al ver a los hombres que llevaban la política, cuanto más consideraba yo las leyes y las costumbres, y más iba avanzando en edad, tanto más difícil me fue pareciendo administrar bien los asuntos del Estado. (...) Estaba todo tan corrompido que yo, lleno de ardor al principio por trabajar por el bien público, considerando esta situación, y de qué manera iba todo a la deriva, acabé por quedar aturdido (...). Y al final comprendí que **todos los Estados actuales están mal gobernados** (...). Y me sentí irresistiblemente movido a alabar la verdadera filosofía, y a proclamar que solo con su luz puede reconocerse dónde está la justicia en la vida pública y en la vida privada. Así pues, **no acabarán los males para el hombre hasta que llegue la raza de los puros y auténticos filósofos al poder, o hasta que los que son jefes de las ciudades, por una especial gracia divina, no se pongan verdaderamente a filosofar**.*

En este texto se encuentra el proyecto filosófico de Platón, el cual tiene una finalidad claramente política. Platón ambiciona crear un Estado en el que la muerte de su maestro Sócrates (“el mejor de los hombres que hemos conocido, el más justo y sabio” se lee en el *Fedón platónico*) sea imposible.

¹ **Texto de referencia:** César Tejedor Campomanes, *Historia de la filosofía en su marco cultural*, Ediciones SM, Madrid, 1993

LA FILOSOFÍA DE PLATÓN

No es fácil exponer la filosofía de Platón, pues tan solo contamos con los *Diálogos* que escribió (los cuales fueron bien conservados en su Academia y tienen en su mayoría como protagonista a Sócrates) y estos diálogos no son tratados sistemáticos sino obras que incluyen muchos discursos de varios interlocutores. Por otro lado, la obra de Platón representa ciertas doctrinas en evolución constante. Es probable que Platón no diera demasiada importancia a la palabra escrita, donde el filosofar ya está fijado y muerto, y tal vez prefiriese la indagación continua y en compañía de otros, como Sócrates.

LA TEORÍA DE LAS IDEAS

El filósofo griego Aristóteles, que fue discípulo de Platón, explica en el siguiente texto de su obra *Metafísica* cuáles fueron probablemente las fuentes de inspiración y las intenciones de la conocida como “teoría de las ideas” (o formas) platónicas:

Platón, desde su juventud, se había familiarizado con la opinión de Heráclito de que todas las cosas sensibles se encuentran en flujo permanente, por lo que no hay ciencia posible de estos objetos. Por otra parte, su maestro Sócrates se consagró exclusivamente a los problemas morales, proponiéndose buscar definiciones en el ámbito de la moral. Platón le siguió y pensó que las definiciones no podían referirse a las cosas sensibles -ya que no puede darse una definición común de aquello que se encuentra constantemente cambiando- sino a otro tipo de seres, a los que llamó “ideas”. Y añadió que las cosas sensibles se encuentran separadas de las ideas, pero que reciben su nombre de ellas. Y todas las cosas participan en las ideas.

En los diálogos de madurez, la concepción platónica de las ideas puede resumirse así:

- **Las ideas son esencias (eîdos)**, es decir, aquello por que una cosa particular es lo que es. Por ejemplo: la Idea de la belleza es “la Belleza en sí” y “aquello por lo que” las cosas bellas son bellas.
- **Las ideas existen separadas de las cosas particulares** y son entidades que poseen una existencia real e independiente.
- La teoría implica **una duplicación del mundo**: existe una “separación” (*chorismós*) entre ambos mundos: el mundo visible de las cosas particulares (*kósmos horatós*) y el mundo inteligible (*kósmos noetós*) de las Ideas. Esta duplicidad está bellamente representada en el conocido “mito de la caverna” (*República*, VII): el mundo irreal de las sombras y el mundo real de la luz solar.
- **Las ideas son como el ser de Parménides**: cada idea es única, eterna, inmutable. En cambio, las cosas particulares son múltiples, temporales y mutables (por ejemplo: solo existe una Belleza, la Idea de Belleza eterna, siempre la misma. Las ideas no son realidades corpóreas, sino que son solamente inteligibles (es decir, sólo cognoscibles mediante la inteligencia).
- **La relación entre las Ideas y las cosas se da por “participación” o “imitación”**: las cosas imitan a las ideas, las ideas son modelos de las cosas.

Parece que Platón plantea esta teoría con una intención de tipo político y moral (los futuros gobernantes deberán ser filósofos que no se guíen por su ambición política sino por ideales trascendentes (separados de este mundo) y absolutos; y con una intención científica: el objeto de la ciencia sólo pueden ser las Ideas.

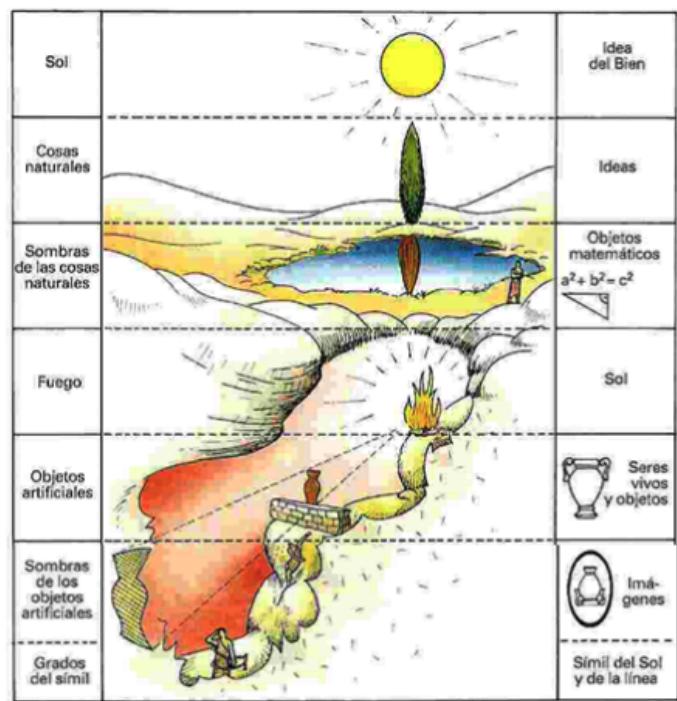
EL CONOCIMIENTO Y EL AMOR

¿Cómo podemos acceder a las ideas, si estas pertenecen a otro mundo -el “mundo inteligible”- distinto del mundo en el que vivimos? El tema es abordado de diferentes maneras en Platón, aunque en realidad éste no nos dice cómo se llega a conocer las Ideas. Únicamente sabemos que el alma tiene capacidad para ello y que se trata de “mirar en la buena dirección”.

1. La reminiscencia: “conocer es recordar”.

El tema, que aparece por primera vez en el diálogo platónico titulado *Menón*, puede resumirse así: no podemos buscar lo que ya conocemos (pues es inútil), ni lo que no conocemos (pues no sabríamos qué estamos buscando, ni reconocer si lo hemos encontrado). Por lo tanto: no buscamos lo que desconocemos, porque buscar es intentar recordar lo que ya conocemos, pues **conocer es recordar**. Nuestro alma conoció las Ideas en una existencia anterior y “separada” del cuerpo. Además, como las cosas imitan a las Ideas, el conocimiento sensible sirve como ocasión para el recuerdo de las Ideas.

2. La dialéctica: método que permite ascender a un saber absoluto y total.



A Alegoría de la caverna.

El mundo de las Ideas se encuentra jerarquizado y las Ideas están comunicadas y trabadas entre sí: se trata de **un sistema en el que todas las Ideas están ensambladas y coordinadas en una gradación jerarquizada en cuya cúspide se encuentra la Idea de bien**. El bien, como idea primera, como supremo principio, expresa el orden, el sentido y la inteligibilidad de lo real.

En el libro VII de la *República* se encuentra el más famoso texto platónico: el llamado **“mito de la caverna”**². Este texto es, en realidad, **una alegoría acerca de la educación del filósofo** y permite comprender cómo entendía Platón la **dialéctica**: existe una continuidad entre los diversos grados de conocimiento, que tiene que ver con la mencionada visión jerárquica de la realidad: existen distintos grados de participación de las ideas en el mundo

² Dibujos tomado de Peter Kunzmann y otros, *Atlas de filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, pp. 40-42.

visible, grados de participación y cercanía a la Idea del Bien en el mundo inteligible. **La educación supone un ascenso a través de las diversas formas de conocimiento**, teniendo la física y las matemáticas un carácter preparatorio para dicha ascensión.

A lo largo de su obra, Platón distingue y contrapone **dos formas generales de conocimiento: el saber o ciencia (episteme) y la opinión (doxa)**. El saber tiene como objeto las ideas, mientras que la opinión tiene como objeto el mundo físico, sensible. Las opiniones son inestables e inexactas, pues tratan del inestable y mutable mundo físico. El saber, en cambio, trata de las ideas, y **el conocimiento de las ideas y de sus relaciones constituye el auténtico saber, el más perfecto**. Es difícil alcanzarlo y han de seguirse ciertos pasos: primero, el estudio de las matemáticas, y a partir de ahí puede iniciarse un estudio del sistema total de ideas, ascendiendo hasta la cúspide, el conocimiento del bien. Y este ascenso es denominado dialéctica.

3. El amor: se trata también de un proceso ascendente desde las cosas hasta la Idea suprema (la Belleza o el Bien).

El “amor platónico” consiste en un ascenso hacia la Belleza. El bello texto de el *Banquete* puede servir como imagen para imaginar a qué se refiere Platón:

Éste es precisamente el camino correcto para dirigirse a las cuestiones relativas al amor: con la mirada puesta en aquella belleza, empezar por las cosas bellas de este mundo y, sirviéndose de ellas a modo de escalones, ir ascendiendo continuamente de un cuerpo bello a dos y de dos a todos los cuerpos bellos, y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a los bellos conocimientos y, a partir de los conocimientos, acabar en aquel que es conocimiento no de otra cosa sino de aquella belleza absoluta, para que conozca por fin lo que es la belleza en sí. En ese instante, querido Sócrates, más que en ningún otro, vale la pena el vivir al hombre: cuando contempla la belleza en sí.

ÉTICA Y POLÍTICA

EL ALMA

Así como la concepción del mundo de Platón es dualista (mundo de las Ideas y mundo de las cosas), **su concepto del ser humano también es dualista: el alma y el cuerpo**. El mundo de las Ideas tiene prioridad absoluta sobre el mundo de las cosas, y eso ocurre también con respecto al ser humano: **el alma es más importante que el cuerpo (que es considerado un estorbo, una cárcel para el alma)**. Además, el alma es considerada como una realidad intermedia entre los dos mundos platónicos y algo muy difícil de conocer, como se afirma en el diálogo platónico de título *Fedro*:

Descubrir cómo es el alma es tarea divina y demasiado larga; hablar con semejanzas es todo lo que podemos hacer.

Platón es tal vez el creador de la psicología racional, esto es, el primero que reflexiona sobre la psique humana de un modo racional aunque con un discurso cargado de mitos y bellas imágenes. **Su**

intención es doble: ética (necesidad de controlar las tendencias instintivas del cuerpo y asegurar una retribución segura al que practica la justicia) **y gnoseológica** (establecer la prioridad de un conocimiento de las Ideas).

Platón establece una división tripartita del alma. Tal vez con ella busca expresar los conflictos éticos y psíquicos que el ser humano experimenta en sí mismo:

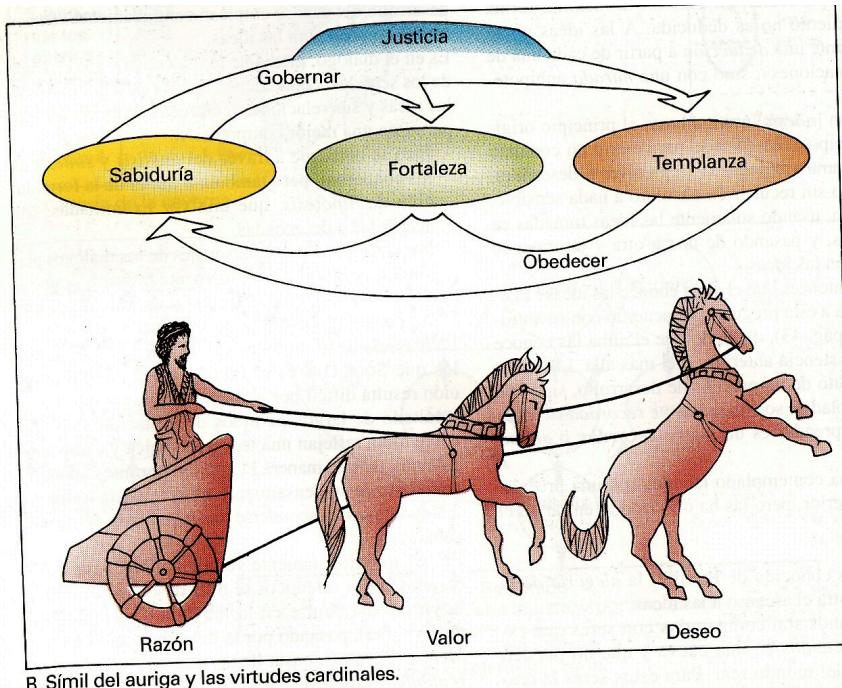
- **El alma racional (*nous, lógos*),** que es inmortal, inteligente, de naturaleza “divina” y ubicada en el cerebro.
- **El alma irascible (*thymós*),** que es fuente de las pasiones nobles, se encuentra en el tórax y es inseparable del cuerpo (por lo que es mortal);
- **El alma apetitiva (*epithymía*),** fuente de pasiones innobles, se encuentra en el abdomen y es, también, mortal.

EL ESTADO

Piensa Platón que el hombre aislado no puede ser bueno ni sabio: necesita de la comunidad política, esto es, del Estado. En su obra la *República*, trata Platón el tema de la justicia en el individuo y en el Estado. Se trata en la obra de **una utopía política** en la que **el gobierno pertenece a los filósofos (o los gobernantes han de practicar filosofía)**. Se podría entender esto como un gobierno aristocrático, pero de una aristocracia no basada en la sangre sino en el saber o la virtud. Así, los gobernantes no deben conducirse por la ambición personal y el derecho del más fuerte, sino que han de inspirarse en la contemplación del orden inmutable de las Ideas. En el “mito de la caverna” se expresa muy bien: los que consiguen escapar de la caverna y contemplar el sol de Verdad, la Justicia y el Bien, deben “volver a la caverna” para gobernar y guiar a los que allí siguen encadenados.

En la ciudad platónica hay tres clases sociales que se corresponden con las partes del alma. Y cada clase tiene asignada una tarea y una virtud:

Partes del alma	Clases sociales	Virtudes
Racional (<i>nous, lógos</i>)	Gobernantes-filósofos	Sabiduría (prudencia)
Irascible (<i>thymós</i>)	Guardianes-guerreros	Fortaleza
Apetitiva (<i>epithymía</i>)	Artesanos-labradores	Templanza
Armonía entre las partes del alma	Armonía entre las clases sociales	Justicia



B Símil del auriga y las virtudes cardinales.

El Estado que imagina Platón es, ante todo, una institución educativa. Considera que no todos los hombres están dotados igualmente por naturaleza, por lo que no todos deben realizar las mismas funciones: en cada persona predomina un alma, por lo que ha de ser educado según las funciones que vaya a realizar, sin importar que se trate de hombre o mujer.

Este proyecto político, en el que se busca el bien de la colectividad, va directamente dirigido contra el relativismo presente en los sofistas. Asimismo, pretende escapar a la temporalidad.

Ya de viejo, Platón escribió otra obra política titulada *Las Leyes*, en la que desilusionado por sus fracasos políticos durante su vida concibe otra utopía en la que el gobierno de los sabios es substituido por el gobierno de las leyes, por el sometimiento estricto de los gobernantes al ordenamiento jurídico.

Aunque es un poco largo, vamos a concluir estos apuntes sobre Platón leyendo el famoso “mito de la caverna”:

A continuación, compara nuestra naturaleza respecto de su educación y de su falta de educación con una experiencia como ésta. Represéntate hombres en una morada subterránea en forma de caverna, que tiene la entrada abierta, en toda su extensión, a la luz. En ella están desde niños con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar sólo delante de ellos, porque las cadenas les impiden girar en derredor la cabeza. Más arriba y más lejos se halla la luz de un fuego que brilla detrás de ellos; y entre el fuego y los prisioneros hay un camino más alto, junto al cual imagínate un tabique construido de lado a lado, como el biombo que los titiriteros levantan delante del público para mostrar, por encima del biombo, los muñecos.

– Me lo imagino.



– Imagínate ahora que, del otro lado del tabique, pasan hombres que llevan toda clase de utensilios y figurillas de hombres y otros animales, hechos en piedra y madera y de diversas clases; y entre los que pasan unos hablan y otros callan.

– Extraña comparación haces, y extraños son esos prisioneros.

– Pero son como nosotros. Pues en primer lugar, ¿crees que han visto de sí mismos, o unos de los otros,

otra cosa que las sombras proyectadas por el fuego en la parte de la caverna que tienen frente a sí?

– Claro que no, si toda su vida están forzados a no mover las cabezas.

– ¿Y no sucede lo mismo con los objetos que llevan los que pasan del otro lado del tabique?

– Indudablemente.

– Pues entonces, si dialogaran entre sí, ¿no te parece que entenderían estar nombrando a los objetos que pasan y que ellos ven?

– Necesariamente.

– Y si la prisión contara con un eco desde la pared que tienen frente a sí, y alguno de los que pasan del otro lado del tabique hablara, ¿no piensas que creerían que lo que oyen proviene de la sombra que pasa delante de ellos?

– ¡Por Zeus que sí!

– ¿Y que los prisioneros no tendrían por real otra cosa que las sombras de los objetos artificiales transportados?

– Es de toda necesidad.

– Examina ahora el caso de una liberación de sus cadenas y de una curación de su ignorancia, qué pasaría si naturalmente les ocurriese esto: que uno de ellos fuera liberado y forzado a levantarse de repente, volver el cuello y marchar mirando a la luz, y al hacer todo esto, sufriera y a causa del

encandilamiento fuera incapaz de percibir aquellas cosas cuyas sombras había visto antes. ¿Qué piensas que respondería si se le dijese que lo que había visto antes eran *fruslerías* y que ahora, en cambio está más próximo a lo real, vuelto hacia cosas más reales y que mira correctamente? Y si se le mostrara cada uno de los objetos que pasan del otro lado del tabique y se le obligara a contestar preguntas sobre lo que son, ¿no piensas que se sentirá en dificultades y que considerará que las cosas que antes veía eran más verdaderas que las que se le muestran ahora?

– Mucho más verdaderas.

– Y si se le forzara a mirar hacia la luz misma, ¿no le dolerían los ojos y trataría de eludirla, volviéndose hacia aquellas cosas que podía percibir, por considerar que éstas son realmente más claras que las que se le muestran?

– Así es.

– Y si a la fuerza se lo arrastrara por una escarpada y empinada cuesta, sin soltarlo antes de llegar hasta la luz del sol, ¿no sufriría acaso y se irritaría por ser arrastrado y, tras llegar a la luz, tendría los ojos llenos de fulgores que le impedirían ver uno solo de los objetos que ahora decimos que son los verdaderos?

– Por cierto, al menos inmediatamente.

– Necesitaría acostumbrarse, para poder llegar a mirar las cosas de arriba. En primer lugar miraría con mayor facilidad las sombras, y después las figuras de los hombres y de los otros objetos reflejados en el agua, luego los hombres y los objetos mismos. A continuación contemplaría de noche lo que hay en el cielo y el cielo mismo, mirando la luz de los astros y la luna más fácilmente que, durante el día, el sol y la luz del sol.

– Sin duda.

– Finalmente, pienso, podría percibir el sol, no ya en imágenes en el agua o en otros lugares que le son extraños, sino contemplarlo como es en sí y por si en su propio ámbito.

– Necesariamente.

– Despues de lo cual concluiría, con respecto al sol, que es lo que produce las estaciones y los años y que gobierna todo en el ámbito visible y que de algún modo es causa de las cosas que ellos habían visto.

– Es evidente que, después de todo esto, arribaría a tales conclusiones.

– Y si se acordara de su primera morada, del tipo de sabiduría existente allí y de sus entonces compañeros de cautiverio, ¿no piensas que se sentiría feliz del cambio y que los compadecería?

– Por cierto.

– Respecto de los honores y elogios que se tributaban unos a otros, y de las recompensas para aquel que con mayor agudeza divisara las sombras de los objetos que pasaban detrás del tabique, y para el que mejor se acordase de cuáles habían desfilado habitualmente antes y cuáles después, y para aquel de ellos que fuese capaz de adivinar lo que iba a pasar, ¿te parece que estaría deseoso de todo eso y envidiaría a los más honrados y poderosos entre aquéllos? ¿O más bien no le pasaría como al Aquiles de Homero, y preferiría ser un labrador que fuera siervo de un hombre pobre o soportar cualquier otra cosa, antes que volver a su anterior modo de opinar y a aquella vida?

– Así creo también yo, que padecería cualquier cosa antes que soportar aquella vida.

– Piensa ahora esto: si descendiera nuevamente y ocupara su propio asiento, ¿no tendría ofuscados los ojos por las tinieblas, al llegar repentinamente del sol?

– Sin duda.

– Y si tuviera que discriminar de nuevo aquellas sombras, en ardua competencia con aquellos que han conservado en todo momento las cadenas, y viera confusamente hasta que sus ojos se reacomodaran a ese estado y se acostumbraran en un tiempo nada breve, ¿no se expondría al ridículo y a que se dijera de él que, por haber subido hasta lo alto, se había estropeado los ojos, y que ni siquiera valdría la pena intentar marchar hacia arriba? Y si intentase desatarlos y conducirlos hacia la luz, ¿no lo matarían, si pudieran?

– Seguramente.

– **Pues bien, querido Glaucon, debemos aplicar íntegra esta alegoría a lo que anteriormente ha sido dicho, comparando la región que se manifiesta por medio de la vista con la morada-prisión, y la luz del fuego que hay en ella con el poder del sol; compara, por otro lado, el ascenso y contemplación de las cosas de arriba con el camino del alma hacia el ámbito intelíger, y no te equivocarás en cuanto a lo que estoy esperando, y que es lo que deseas oír. Dios sabe si esto es realmente cierto; en todo caso, lo que a mí me parece es que lo que dentro de lo cognoscible se ve al final, y con dificultad, es la Idea del Bien. Una vez percibida, ha de concluirse que es la causa de todas las cosas rectas y bellas, que en el ámbito visible ha engendrado la luz y al señor de ésta, y que en el ámbito intelíger es señora y productora de la verdad y de la inteligencia, y que es necesario tenerla en vista para poder obrar con sabiduría tanto en lo privado como en lo público.**

– Comparto tu pensamiento.

– [...] Pues bien, mira si me das también la razón esto: no hay que asombrarse de que quienes han llegado allí no estén dispuestos a ocuparse de los asuntos humanos, sino que sus almas aspiran a pasar el tiempo arriba; lo cual es natural, si la alegoría descrita es correcta también en esto.

– Muy natural.

– Tampoco sería extraño que alguien que, de contemplar las cosas divinas, pasara a las humanas, se comportase desmañadamente y quedara en ridículo por ver de modo confuso y, no acostumbrado aún en forma suficiente a las tinieblas circundantes, se viera forzado, en los tribunales o en cualquier otra parte, a disputar sobre sombras de justicia o sobre las figurillas de las cuales hay sombras, y a reñir sobre esto del modo en que esto es discutido por quienes jamás han visto la Justicia en sí.

– De ninguna manera sería extraño.

– Pero si alguien tiene sentido común, recuerda que los ojos pueden ver confusamente por dos tipos de perturbaciones: uno al trasladarse de la luz a la tiniebla, y otro de la tiniebla a la luz; y al considerar que esto es lo que le sucede al alma, en lugar de reírse irracionalmente cuando la ve perturbada e incapacitada de mirar algo, habrá de examinar cuál de los dos casos es: sí es que al salir de una vida luminosa ve confusamente por falta de hábito, o si, viniendo de una mayor ignorancia hacia lo más luminoso, es obnubilada por el resplandor. Así, en un caso se felicitará de lo que le sucede y de la vida a que accede: mientras en el otro se apiadará, y, si se quiere reír de ella, su risa será menos absurda que si se descarga sobre el alma que desciende desde la luz.

– Lo que dices es razonable.

– **Debemos considerar entonces, si esto es verdad, que la educación no es como la proclaman algunos.** Afirman que, cuando la ciencia no está en el alma, ellos la ponen, como si se pusiera la vista en ojos ciegos.

– Afirman eso, en efecto.

– Pues bien, el presente argumento indica que en el alma de cada uno hay el poder de aprender y el órgano para ello, y que, así como el ojo no puede volverse hacia la luz y dejar las tinieblas si no gira todo el cuerpo, del mismo modo es preciso mover el alma entera, hasta que llegue a ser capaz de soportar la contemplación de lo que es, y lo más luminoso de lo que es, que es lo que llamamos el Bien. ¿No es así?

– Sí.

– Por consiguiente, **la educación sería el arte de volver este órgano del alma del modo más fácil y eficaz en que puede ser vuelto**, mas no como si le infundiera la vista, puesto que ya la posee, sino, en caso de que se lo haya girado incorrectamente y no mire adonde debe, **posibilitando que mire adonde es menester.**

– Así parece, en efecto.

– [...] ¿ Y no es también probable, e incluso necesario a partir de lo ya dicho, que ni los hombres sin educación ni experiencia de la verdad puedan gobernar adecuadamente alguna vez el Estado, ni tampoco aquellos a los que se permita pasar todo su tiempo en el estudio, los primeros por no tener a la vista en la vida la única meta a que es necesario apuntar al hacer cuanto se hace privada o

públicamente, los segundos por no querer actuar, considerándose como si ya en vida estuviesen residiendo en la Isla de los Bienaventurados?

– Verdad.

– Por cierto que es una tarea de nosotros, los fundadores de este Estado, la de obligar a los hombres de naturaleza mejor dotada a emprender el estudio que hemos dicho antes que era el supremo, contemplar el Bien y llevar a cabo aquel ascenso y, tras haber ascendido contemplado suficientemente, no permitirles lo que ahora se les permite.

– ¿A qué te refieres?

– Quedarse allí y no estar dispuestos a descender junto a aquellos prisioneros, ni participar en sus trabajos y recompensas, sean éstas insignificantes o valiosas.

– Pero entonces, ¿seremos injustos con ellos y les haremos vivir mal cuando pueden hacerlo mejor?

– Te olvidas nuevamente, amigo mío, que nuestra ley no atiende a que una sola clase lo pase excepcionalmente bien en el Estado, sino que se las compone para que esto suceda en todo el Estado, armonizándose los ciudadanos por la persuasión o por la fuerza, **haciendo que unos a otros se presten los beneficios que cada uno sea capaz de prestar a la comunidad**. Porque si se forja a tales hombres en el Estado, no es para permitir que cada uno se vuelva hacia donde le da la gana, sino para utilizarlos para la consolidación del Estado.

– Es verdad; lo había olvidado, en efecto.

– Observa ahora, Glauco, que no seremos injustos con los filósofos que han surgido entre nosotros, sino que les hablaremos en justicia, al forzarlos a ocuparse y cuidar de los demás. [...] Cada uno a su turno, por consiguiente, debéis descender hacia la morada común de los demás y habituaros a contemplar las tinieblas; pues, una vez habituados, veréis mil veces mejor las cosas de allí y conoceréis cada una de las imágenes y de qué son imágenes, ya que vosotras habréis visto antes la verdad en lo que concierne a las cosas bellas, justas y buenas. Y así nuestra ciudad vivirá despierta y no entre sueños, como para actualmente en la mayoría de las ciudades, donde compiten entre sí como entre sombras y disputan en torno al gobierno, como si fuera algo de gran valor. Pero lo cierto es que el Estado en el que menos anhelan gobernar quienes han de hacerlo es forzosamente el mejor y el más alejado de disensiones.

– Es muy cierto.

Platón, República (541a-520s), en Diálogos IV, traducción de Conrado Eggers Lan (con pequeñas modificaciones), Gredos, Madrid, 1998, pp. 338-346